

En el mismo instante apareció entre los ramos verdes y hojas agudas de las gladiolas, una sombra vaga é indecisa, sombra que, levantándose insensiblemente, tomó distintamente las formas de una mujer.

Se hallaba vestida con una saya blanca; y sus cabellos esparcidos en desorden, flotaban sobre sus hombros.

Un frío sudor inundó la frente del capitán. Fascinado por aquella extraña aparición, sus ojos espantados se fijaron en ella sin poderlos desprender. Era, no había duda, la compañera de Tlaloc, la terrible Matlacuezc que salía del húmedo palacio en que habita, allá en las profundidades del lago de Ostuta, á las invocaciones del descendiente de los viejos caciques de Tehuantepec...

CAPÍTULO X

EL MENSAJE

Desde el momento en que vimos á Costal y á Clara apartando las zarzas y cañas de la orilla del lago para espantar á los caimanes, después lanzarse á las aguas fangosas, aprisionados ambos por ese fatalismo ciego del Indio que le hacía desafiar temerariamente á los lagartos como había desafiado antes á los tiburones, el lector ignora completamente lo que había sido de ambos personajes. Vamos á conducirlo á la escena; pero ante todo, es necesario que los sigamos unos instantes á fin de explicar cómo lo fantástico ha servido de prólogo al drama real cuyo desenlace no tardará en verificarse.

Cuando los dos amigos desaparecieron entre la sombra que proyectaba el cerro encantado, no tardaron, como el capitán se imaginó, en tomar tierra en la colina misma.

El Monapostiac no es más que un inmenso bloque de obsidiana de un verde negruzco dispuesto en largas capas verticales é irregulares separadas las unas de las otras. Tal es la causa de las ranuras que se observan en sus flancos. Herida por los rayos del sol ó de la luna, aquella materia vidriosa toma una especie de suave transparencia que, unida á la niebla espesa de que se corona la cumbre

de la colina, da al conjunto un aspecto extraño y melancólico.

En ciertos puntos, aquel bloque, de que Costal tenía un perfecto conocimiento, tiene una sonoridad singular y extraña, parecida á la del *Cerro de las campanas* de que hemos hablado en otro relato (1).

Ya absorto en sus meditaciones, ya recitando en voz baja oraciones en la lengua de sus padres, el Zapoteca esperaba que la luna se ostentase por encima de los cedros que la ocultaban para comenzar sus sortilegios.

Sería fastidiosa la descripción de todas las ceremonias extravagantes merced á las cuales el Indio invocaba al poderoso genio, cuya intervención debía retornar al descendiente de los caciques de Tehuantepec el esplendor de su antigua familia.

En realidad, si la perseverancia y el valor hubiesen debido obtener de las divinidades indígenas el favor que solicitaba, Costal lo habría merecido con creces. Aunque nada indicase hasta aquel momento que Tlaloc ó Matlacuezc se aparecieran á su valiente adorador, la frente de Costal radiaba de esperanza, tanto que el negro no tuvo ni por un instante la idea del fracaso en esta última tentativa.

Más de una hora había transcurrido en preparativos de toda clase, desde que la luna tan impacientemente esperada, se mostró en el cenit, cuando Costal rompió al fin el imponente silencio que guardaba con Clara.

— Clara — le dijo con voz grave — cuando los dioses de mis padres invocados por el hijo de los caciques que ha visto cincuenta inviernos van á oír los sonidos á los cuales prestan oído, desde hace más de tres siglos, se aparecerán sin duda alguna.

— Así lo espero — dijo Clara.

— Sí; pero ¿quién sabe si será Tlaloc ó su compañera?

— Poco me importa.

— Matlacuezc — replicó el Indio — está vestida de

1) *Viajes y aventuras en México.*

blanco, tan pura como la flor de floripondio. Cuando sus cabellos no están torcidos sobre su cabeza, flotan sobre su manto como la mantilla de una señora de alto tono. Sus ojos son más brillantes que las estrellas y su voz es más dulce que la del pájaro burlón cuando imita el canto del ruiseñor; y sin embargo, es terrible sostener su mirada.

— La sostendré — dijo el negro.

— Pero Tlaloc tiene la talla gigantesca; serpientes que se retuercen silban en su cabellera; su ojo es como el ojo del jaguar y su voz ruge como la del toro. Reflexiónelo, mientras haya tiempo.

— Ya se lo he dicho: quiero oro y poco me importa que sea Tlaloc ó su esposa quien me lo dé... ¡Por todos los diablos cristianos ó paganos! ¡No he venido aquí para retroceder!

— Entonces, dijo Costal — voy á llamar á mis dioses.

Y diciendo estas palabras, el Indio recogió una piedra cerca de él y avanzando hacia la colina, golpeó fuertemente en uno de sus ángulos. El golpe resonó á lo lejos parecido al ruido del bronce. Once veces más renovó su terrible invocación.

Vagos murmullos parecieron responder á los golpes de la piedra sobre la roca. Luego, cual si Costal en efecto hubiese poseído el don de hacer oír la terrible voz de Tlaloc, espantosos aullidos estallaron en medio del silencio. Eran los mismos que tanto habían asustado al capitán y á la servidumbre de don Mariano.

Clara sintió el mismo terror; pero no fué más que un instante, pues exclamó con voz firme:

— ¡Suene más, Costal: Tlaloc ha respondido!

El Indio echó sobre Clara una mirada escrutadora. La luna iluminaba su rostro ceniciento: era evidente que el negro hablaba en serio.

— ¡Y qué! — dijo el Zapoteca. — ¿Tan poco familiarizado se halla Ud. con los misterios de nuestras selvas para confundir la voz de un vil animal con la del dios de las montañas?

— ¡ Un animal aullar así !

— ¡ Sin duda ! Esta voz es espantosa ; pero lo es sólo para quienes no conocen al animal que la produce : es un mono (1) al que Ud. mataría de un golpe con el látigo que Ud. dejó en la manzana de la silla. No, no ; la voz de Tlaloc es aún más terrible.

— ¡ Y bien ! Lo siento — respondió el negro.

La presencia de los jinetes que exploraban los alrededores del lago, iría bien pronto á torcer el curso de sus pensamientos. Apenas acababan de desaparecer los bandidos de Arroyo tras el cañaveral, cuando de lo más espeso de la maleza vióse surgir la blanca aparición que el capitán contemplaba temblando.

A la vista de aquella repentina visión, los ojos del intrépido Costal brillaron con relámpagos de triunfo. Con una mano agarró el brazo de su compañero.

— ¡ Ya sonó la hora ! — dijo. — La gloria de los caciques de Tehuantepec va á renacer : ¡ vea !

Y con la otra mano señalaba la negra cabellera flotando como una mantilla sobre la saya color de floripondio que la luna iluminaba en medio del cañaveral.

— ¡ Es Matlacuezc ! — respondió el negro en voz baja.

Y aunque su corazón latía á golpes redoblados dentro de su pecho, Clara no dejó adivinar el secreto terror que le embargaba en presencia de la divinidad de las aguas que al fin se le mostraba.

Ambos bajaron suavemente por los flancos de la roca y se echaron á nado.

En aquel instante la blanca aparición se ocultó y los dos aventureros la perdieron de vista, aunque el capitán, desde lo alto del árbol en que se hallaba, continuaba viéndola escondida tras el verde zócalo de las gladiolas del lago.

Pero el Indio sabía adónde dirigirse ; y su vigoroso brazo hendía el agua tan rápidamente, que el negro, por

(1) El stentor ursinus.

más esfuerzos que hacía, se quedaba á diez brazadas tras él.

En seguida el capitán Lantejas, temblando ante el valor sobrehumano de Costal, le vió extender los brazos para coger á la diosa, cuando una voz exclamó :

— ¡ No al negro ! ¡ Al matador del Gaspacho primero !

Un disparo de fusil surcó el lago. Don Cornelio perdió de vista al negro y al Indio que acababan de sumergirse ; pero en el punto que Costal abandonara, vió agitarse y temblar las cañas. Oyó también algo así como un ahogado grito de agonía ; las gladiolas dejaron de zumbar y el grito se apagó.

La visión del manto blanco y de cabellos flotantes había desaparecido y el lago quedó desierto, pero sólo por un instante. Costal y Clara reaparecieron en la superficie y no tardaron en tomar tierra en la orilla, á un tiro de fusil del capitán.

El drama real se mezclaba tan estrechamente á las apariencias fantásticas, que don Cornelio se quedó por un momento con el espíritu turbado y con la vista velada por una nube.

Solamente el peligro que corrían sus dos fieles compañeros pudo volverle en sí y convencerle de que lo que pasaba ante sus ojos no era un sueño.

Súbitamente salieron tras el cañaveral, á poca distancia del lugar en que la aparición se mostrara por breves momentos, dos de los hombres de Arroyo persiguiendo, sable en mano, al negro y á Costal. Entonces el capitán recobró enteramente su conciencia ; y apoyando el cañón de su carabina sobre una de las ramas de su árbol, hizo fuego : uno de los bandidos cayó y el otro se detuvo sorprendido ante tan inesperado golpe.

Aquella demora dió tiempo á los dos aventureros para llegar hasta sus caballos y montar como dos fantasmas chorreando agua del lago.

Por su parte el capitán bajó rápidamente á tierra dándose á conocer y llamando por sus nombres á sus dos compañeros.

— ¡Ah! exclamó Costal — temía que alguna desgracia le hubiera acontecido al ver su caballo con los nuestros.

Mientras tanto el bandido que se había quedado solo, huyó con dirección hacia su caballo que había dejado tras las colinas al cuidado de sus compañeros. Pero perseguido muy luego por el Indio que en pocos saltos le dió alcance, fué arrojado á tierra bajo las patas de su caballo donde el Zapoteca lo clavó sin desmontarse con un mandoble de su espada.

— ¡Pronto al lago ahora! — dijo vivamente Costal dirigiéndose al negro. — Vaya Ud. á esperarme al bosque, señor don Cornelio, tenemos necesidad de estar solos.

Cuando echaba pie á tierra al pronunciar aquellas palabras, un nuevo incidente llegó á cambiar la faz de los sucesos.

Cinco jinetes y una litera conducida por dos mulas aparecieron de repente en la orilla del lago y casi á la extremidad del bosque : era don Mariano al lado de la litera de su hija, acompañado de sus cuatro criados.

El hacendado había oído al capitán Lantejas nombrarse y llamando por sus nombres á Costal y á Clara; y lleno de esperanzas en el socorro inesperado que le enviaba el cielo, se apresuraba por reunirse á ellos.

Del otro lado del Ostuta, tras el velo formado por los cedros, desembocó en aquel mismo instante una segunda escolta de caballería compuesta de una media docena de hombres perseguidos, según todas las apariencias, por un número igual de jinetes que aparecieron á su vez con los sables empuñados.

— ¿Quiénes son estos intrusos — exclamó Costal jurando como pagano que era — que vienen á turbar á los adoradores de Tlaloc?

El negro que al instante oyó que se le llamaba como á Costal, se golpeaba el pecho desesperadamente, pensando en que aquella súbita invasión del lago, desierto hasta entonces, le hacía perder una oportunidad preciosa y única. Era la voz de don Mariano quien se daba á conocer y llamaba también por su nombre al capitán Lan-

tejas, ignorando que era el mismo que llevaba el nombre de Cornelio, el antiguo huésped de Las Palmas.

— ¡Sí, soy yo, vive Dios! — respondió el capitán sorprendido hasta lo último de hallarse conocido en medio de aquella soledad tan sombría hasta entonces.

En tanto que se verificaban estos incidentes, los fugitivos que acababan de aparecer parecieron indecisos acerca de la dirección que debían tomar; pero quizás no viendo al grupo reunido á la orilla del bosque, se dirigieron por aquel mismo lado.

Lantejas y sus dos compañeros, don Mariano y su servidumbre, apenas tuvieron tiempo de lanzarse precipitadamente tras los árboles para no ser atropellados por el galope impetuoso de los caballos que pasaron á la carrera como un torbellino.

Sin embargo, no obstante la rapidez de su paso, el ojo penetrante de Costal distinguió entre los fugitivos á dos á quienes no podía menos de reconocer, pues habían sido lo mismo que él, servidores de don Mariano.

— Estamos entre enemigos — dijo en voz baja á Clara. — Allí van Arroyo y Bocardo perseguidos sin duda por los realistas.

Acababa apenas de decirlo, cuando en carrera no menos furiosa, pasaron como un relámpago los perseguidores de Arroyo.

Uno de ellos, de alto porte, á lo que podía juzgarse, precedía á sus cinco compañeros. Inclinado sobre el cuello de su caballo que más parecía volar que galopar, no cesaba de hostigarlo con sus espuelas.

Agarrando convulsivamente su sombrero negro de anchas alas, un instante levantado por la misma rapidez de la carrera, se lo hundió de tal modo que su rostro ya medio oculto entre la crin de su caballo, se veía apenas. El caballo espantado, ya por la sombra de la litera de Gertrudis, ya por cualquier otro objeto, saltó hacia un lado, lanzando por sus narices un resoplido ronco y extraño al cual respondió un débil grito que se exhaló tras las cortinillas de la litera.

Aquel grito pasó inadvertido para el jinete que ni siquiera volvió la cabeza.

No fué Gertrudis la única que se estremeció al oír aquel resoplido tan conocido; también don Cornelio recordó que lo había oído resonar de un modo terrible en el campo de batalla de Huajapam algunos momentos antes de sentirse levantado de su silla por el vigoroso brazo del coronel Tres Villas.

Tampoco don Mariano había dejado de reconocer aquella particularidad de un caballo tan largo tiempo cuidado en sus caballerizas. El caballero tenía la alta estatura de don Rafael. ¿Era pues éste, á quien se suponía en el sitio de Huajapam? Al menos, quedaba la duda.

Dejando para otra hora más favorable, pues la noche estaba aún lejos de concluir, la continuación de sus invocaciones á las divinidades zapotecas, Costal y Clara, para estar preparados á los sucesos que pudieran sobrevenir, fueron á recoger á toda prisa sus armas de fuego y sus vestidos, quedándose don Cornelio solo con el hacendado y Gertrudis.

Inciertos unos y otros acerca de lo que debían hacer, todos esperaban con viva ansiedad el fin de la acción que se desarrollaba casi bajo sus ojos, pero cuyos detalles debían escapárseles á causa de la distancia, á pesar de la claridad de la luna que iluminaba los bordes del lago, teatro de la escena cuyo desenlace tocaba á su fin.

Don Rafael que, desde el momento en que lo vimos dejar la hacienda de San Carlos, se había acercado al lago de Ostuta, continuaba siempre su encarnizada persecución.

De instante en instante se acortaba la distancia que lo separaba de Arroyo; y el bandido, que á pesar de su habitual bravura, parecía presa de un loco terror ante el enemigo implacable y temible de quien huía, no podía menos de reconocer que su terrible brazo le alcanzaría. Tuvo sin embargo un momento de esperanza, pues los soldados de la escolta de don Rafael, no iban tan bien montados como su jefe que les precedía cinco ó seis

cuerpos de caballo. El bandido pudo ordenar á sus hombres volver caras y coger á don Rafael antes de que sus jinetes se le reuniesen; pero le faltó valor y dejó escapar esta última oportunidad de salvarse. La indomable fuerza del coronel y su ciego valor le eran demasiado conocidos para que él esperase arrojarlo á tierra en los cortos momentos que bastarían para que sus hombres llegasen en su ayuda.

Arroyo había llegado á la extremidad oriental del lago; á corta distancia se extendían ante él llanuras inmensas en las cuales tenía esperanzas de escapar á la persecución de su enemigo.

Así pues, continuó su carrera resuelto á no hacer uso sino hasta en el último extremo del recurso peligroso que le proporcionaba el avance del coronel.

Pero el coronel, á despecho de las fogosas pasiones que le agitaban, seguía con ojo atento cuantas maniobras hacía el bandido cuyas intenciones pareció adivinar, pues se apartó de la curva del lago para cortarle toda retirada á su derecha. Cuando Arroyo á quien Bocardo seguía de cerca, viró bruscamente alejándose de la ribera, ya no era tiempo.

El caballo del ronco resoplido y su jinete, saltaron en línea paralela á los dos bandidos, arrojando formidable sombra hasta las piernas del caballo de Arroyo. Este se echó rápidamente hacia la izquierda: esto era lo que quería don Rafael que al parecer intentaba hacer con él lo que se hace con el ciervo que hostigado por el cazador busca como último medio de salvación el estanque contra el cual se le arroja.

— ¡Cuidado, cuidado! — gritó Bocardo á su cómplice al ver que el coronel acababa de adelantarlo con un esfuerzo repentino y que iba ya á lanzarse contra él.

Arroyo descargó la pistola que tenía en la mano, reteniendo involuntariamente la brida de su caballo. El tiro mal dirigido, no hirió á don Rafael, cuyo caballo, chocando con el pecho contra el flanco del de Arroyo, lo arrojó al suelo.

Bocado se atravesó entre ellos para dar tiempo de levantarse á su compañero.

— ¡Atrás, cerdo inmundo! — exclamó el coronel arrojándolo de su silla con un golpe de su sable.

Arroyo, machucado, magullado, con las espuelas enredadas en la silla, trataba inútilmente de levantarse, pues ya el coronel por un lado y sus hombres por el otro, lo rodeaban sable en mano, mientras que los cuatro jinetes insurgentes huían á toda brida y Bocado yacía inmóvil sobre la arena.

Desde el lugar en que se hallaban, los espectadores vieron de lejos la doble caída, pero sin adivinar de qué parte estaba la ventaja.

Con tal de que las orillas del lago volvieran á quedar solitarias, poco importaba todo aquello á Costal y á su compañero de aventuras; pero no así á don Mariano.

Atormentado por la idea de que uno de los actores de aquella lucha podía ser el coronel Tres Villas, cuya vida le era tan preciosa como la de su hija, á la cual se hallaba ligada por así decirlo, se hallaba absorto en su dolorosa incertidumbre, guardando el más profundo silencio desde el principio de la terrible escena que se desarrollaba ante sus ojos.

Un vivo sentimiento de curiosidad había igualmente hecho mudos á don Cornelio y á sus dos compañeros. Don Mariano ignoraba aún que la hacienda de San Carlos hubiera sido pillada y tomada, por la cuadrilla de Arroyo. También Gertrudis á cuyo oído no había escapado el peculiar resoplido del Roncador, era presa de mortales angustias tras las cortinillas de su litera.

Costal fué el primero en romper aquel largo silencio, á consecuencia de su ardiente deseo de volverse á encontrar solo con Clara sobre las riberas del lago.

— Sea lo que fuere — dijo — ahora el camino está libre; y el señor don Mariano puede volver á tomar su camino si es que va para Las Palmas.

— Nosotros no vamos para Las Palmas — replicó el hacendado distraídamente, avanzando algunos pasos

para tratar de darse cuenta de lo que pasaba, pues no esclarecía sus dudas el ruido de voces confusas que oía á alguna distancia.

— En su lugar, yo no vacilaría en continuar mi camino — replicó Costal — los momentos son preciosos y... ¡Por las serpientes de la cabellera de Tlaloc! — exclamó con sorpresa mezclada de cólera. — Todavía hay alguien en este bosque!

Se oyó en efecto muy cerca de allí, el crujido de las malezas y de las lianas. Luego, estas palabras se pronunciaron muy distintamente:

— ¡Por aquí, compadre, por aquí! Oigo por allá la voz del hombre á quien buscamos. ¡Pronto por todos los diablos! Que no se nos pierda esta vez!

No era conocida aquella voz de ninguno de los que acababan de oírlo. — El hombre á quien se dirigieron esas palabras no contestó. El ruido de pasos á través de los matorrales se debilitó poco á poco hasta perderse al fin en lontananza.

Costal y Clara cambiaron una mirada de contrariedad, mientras que el hacendado, siempre atento á lo que pasaba á su alrededor, hacía inútiles esfuerzos por encontrar la solución.

La luna, próxima ya á desaparecer tras las colinas, iluminaba aún con rayos oblicuos un grupo de hombres y de caballos cuyas sombras se alargaban desmesuradamente sobre la arena de la planicie. ¿Pero qué pasaba en medio de aquel grupo? Una escena terrible, sin duda á juzgar por un espantoso grito que se oyó y que hizo temblar al hacendado hasta el fondo de su corazón.

¿Era don Rafael vencido quien lo lanzaba; ó ejercía él mismo un acto de implacable justicia contra el matador de su padre?

En los momentos en que Arroyo se debatía bajo los pies de su caballo, el coronel se apeó del suyo; y con el puñal entre los dientes, agarró con sus dos manos las del bandido cuyos músculos se retorcián en vano bajo

tan terrible presión. Hincó una rodilla sobre su pecho y pesó sobre él como un pedazo de roca desprendido del Monapostiac. Arroyo, con los brazos en cruz, desmayado por el dolor, se quedó inmóvil, pintándose en todas sus facciones, ya la rabia, ya el terror.

— ¡Amarren á este hombre! — dijo don Rafael.

En un abrir y cerrar de ojos se arrolló diez veces el lazo de uno de los jinetes, alrededor de los brazos y de las piernas del bandido.

— ¡Bien! — dijo el coronel cuando Arroyo no pudo ya hacer ningún movimiento. — ¡Átenlo á la cola del Roncador!

Por acostumbrados que estuvieran los soldados españoles á los terribles actos de venganza que seguían casi siempre á la victoria de uno ó de otro partido, ejecutaron la orden en medio del más profundo silencio.

Cuando el cabo del lazo con que estaba atado el bandido, se hubo amarrado á raíz del rabo del Roncador, que parecía también negarse á la tarea sangrienta que se le encomendaba, el coronel saltó á caballo.

Lanzó hacia atrás una mirada de odio sobre el asesino de su padre y respondió con una sonrisa desdenosa á los gritos de perdón que exhalaba Arroyo.

— ¿Para qué? — le dijo. — Antonio Valdés murió así: tú morirás como él; te lo he dicho en la hacienda de Las Palmas.

Las espuelas del coronel resonaron con siniestro ruido contra los ijares del Roncador asustado. El animal se encabritó violentamente en el instante en que el bandido exhaló el grito de angustia y de dolor que conmovió tan fuertemente á don Mariano.

Bajo el segundo espolazo, el Roncador lanzó un ronco relincho y dió un salto hacia adelante quedándose luego inmóvil y tembloroso. Arroyo, levantado violentamente del suelo, volvió á caer pesadamente.

En aquel instante se acercaron dos hombres á todo correr. La luna iluminaba el rostro del coronel, cual si fuese medio día.

Llegados que hubieron cerca de él, uno de aquellos hombres exclamó:

— ¡Un instante, coronel, en nombre de Dios! No se vaya aún. ¡Nos ha costado mucho hallarlo á mi compadre y á mí!

El hombre que hablaba así se descubrió enseñando la fisonomía *militar* de Juan el Zapote, mientras que el honrado Gaspar se le reunía jadeante.

El coronel no pudo menos de reconocer á sus dos compañeros de peligros en los bosques de las orillas del río, ni olvidar que uno de ellos le había dado un consejo salvador indicándole el lugar en que hallara refugio.

— ¿Qué quieren Udes.? — les dijo. — ¿No ven Udes. que no los puedo oír?

— Sí, sin duda, somos indiscretos... ¡Eh! ¡Toma! ¿Es en el señor Arroyo en quien Ud. se ocupa?... Pero hace veinticuatro horas que corremos tras de Ud. y Ud. se nos va siempre... Tengo un mensaje de vida ó muerte que entregarle...

— ¡Gracia, gracia, señor coronel! — gritaba Arroyo con voz de lamento.

— ¡Silencio, caramba! ¡que no nos deja Ud. hablar! — le dijo el Zapote.

— ¡Un mensaje! — exclamó el coronel cuyo corazón se estremeció de esperanza. — ¡Un mensaje! ¿Y de quién?

— Haga Ud. que se alejen sus hombres — dijo el Zapote — es un mensaje confidencial... un mensaje de amor... — concluyó muy bajo.

Á un gesto imperioso del coronel, pues la voz le faltó de repente, sus jinetes se apartaron para no oír nada. Sin embargo, cual si no bastase aquella precaución, inclinó la cabeza hacia el mensajero.

¿Qué le dijo el Zapote que tan diestramente se sustituyó á Gaspar para hacer él solo el papel de verdadero mensajero? Podemos dispensarnos de decirlo. La sola actitud del coronel revelaba muy bien el sentido de las palabras que oía.

Cogido con una mano á la hermosa crin del Roncador cual si tuviese necesidad de aquel punto de apoyo para sostenerse en la silla, el coronel Tres Villas sofocó un grito de felicidad. En seguida ocultó en su pecho un objeto que le dió el mensajero quien á su vez, á una palabra de don Rafael, dió un salto prodigioso que atestiguaba la loca alegría que le embargaba.

Entonces el coronel sacó su puñal; y sus jinetes oyeron que decía al Zapote á media voz:

— ¿Dios no quiere entonces que este hombre muera, puesto que es ahora cuando te envía hacia mí?

Y olvidando que al fin tenía en su poder á su más mortal enemigo, al asesino de su padre; olvidando su juramento de odio para no acordarse, en medio de las deliciosas sensaciones de que estaba lleno su corazón, sino del juramento de clemencia que hiciera á la misma Gertrudis, don Rafael se inclinó sobre la grupa de su caballo y cortó el lazo que amarraba al miserable á quien la llegada inesperada del Zapote acababa de salvar la vida.

El coronel, sin dignarse siquiera de oír los agradecimientos que le dirigía el bandido inmóvil sobre la arena, se volvió hacia el mensajero:

— ¿Dónde está la que te envía? — le preguntó.

— Allá — respondió el Zapote enseñando con el dedo una litera que se ponía en marcha escoltada por cinco hombres á caballo.

Desembarazado del cuerpo humano que lo espantaba, el Roncador no se resistió esta vez á correr en dirección del punto en que las cortinillas de la litera de Gertrudis, ondulaban á los últimos rayos de la luna.

CAPÍTULO X

LO FANTÁSTICO Y LA REALIDAD

Sin embargo, cual si los alrededores del lago de Ostuta, hasta entonces tan desiertos, se hubieran hecho de repente el lugar de una cita general, brillaron luces á lo lejos; y se presentó otra litera de brazos en dirección distinta de la que seguía la de Gertrudis.

Una media docena de indígenas la precedían, iluminando el camino con ramas encendidas de *ocote* (1) que llevaban en la mano.

Á la voz de don Rafael, la escolta de Gertrudis había hecho alto y en aquel momento las angarillas que habían llegado también á la orilla del lago, se detuvieron asimismo. Los Indios que las acompañaban, se pusieron entonces á registrar el cañaveral á favor de sus antorchas.

Una distancia de dos ó trescientos pasos separaba á los grupos formados alrededor de las dos literas.

Furioso al ver que las orillas del lago se poblaban otra vez, Costal se lanzó hacia ese lado y arrancando á uno de los Indios la antorcha que llevaba, dirigió vivamente su caballo hacia las angarillas.

(1) *Pinus picea*.